

Entrevista con Cristina Harster, autora de *La galeria dels quiets*

Rukia Kuchiki

«Será mejor que no derramemos lágrimas, porque esa es la derrota del cuerpo ante el corazón.»

La frase pertenece a Rukia Kuchiki, heroína del manga.

Cabello caído como la hoja de una guillotina, de ojos intensos y proclives a la mirada circunspecta, voluntariosa y defensora de los buenos shinigamis.

En realidad, Rukia Kuchiki podría ser el *alter ego* de Cristina Harster (Barcelona, 1963), porque ella también es una heroína anime.

Afectada de anoxia al nacer, eso no le ha impedido convertirse en el hada madrina de la literatura. Acaba de publicar *La galeria dels quiets* (Ediciones Carena), su historia contada sin condescendencia, sin derrotas y con objetividad periodística: «Mi madre siempre me decía: “Tienes que contar quién eres, tienes que contar quién eres”».

Y a eso se puso en el 2013, el *annus horribilis* puesto que a la muerte repentina de su madre, Denisse, se sumó un cáncer que Cristina padeció. Venció el cáncer, venció los hollows que habitan en el Hueco del Mundo. Ahora lucha contra otro, con las armas supersónicas que se viste la mujer guerrera: templanza shitagi, visión kosode, generosidad hakama. Sus virtudes las mete en un carcaj y se lanza en tromba contra la enfermedad: «La verdad es que cuando vuelves de la quimio estás fotuda».

La galeria dels quiets es la primera obra publicada de Cristina. Tardó dos años en pulirla. Pero no es su opera prima. Antes ha habido escrito las novelas *Els capvespres d'un comiat*; *La lliçó d'anatomia* y *La galeria de les llunes corves*, títulos que podrían competir con la trilogía de Stieg Larsson.

En *La galeria dels quiets*, las teselas de la memoria de Cristina se vuelven crisálidas de colores: allí está su etapa juvenil, como escritora tenaz capaz de identificarse con las tortugas lentas de las fábulas; allí está su resuelta inquietud por tocar el arpa, como una *bella donna* de la Edad Media. Pronto se olvidó del arpa, cuando otro sueño le quitó el sueño: ser profesora para niños con dificultades. Muchos años después, Cristina saltaría al Parlamento Europeo, en Luxemburgo, con una beca de traducción de inglés y francés. Pero un propósito se le ha quedado medio adormilado en su regazo de gigai: ser jueza, «dirimir conflictos mediante la aplicación de la ley», para lo cual tiene la receta: «extraer la emoción de las causas».

Allí, en *La galeria...*, está su paso por la escuela Thau («*Projecte educatiu*»), y allí está Joan Triadú (*Endimió*), el maestro que marcó a Cristina las líneas generales para convertir las frustraciones en proezas.

Allí está su adolescencia atronadora, cuando quería ser como sus amigas, ir a las discotecas del *Sábado noche* y tener novietes, varios. «Mis amigas me decían que yo era como ellas y ninguna me minusvalía.»

Allí están, mientras estudiaba la carrera de Filología Hispánica en la Universitat de Barcelona, las horas de lectura sin fin de *El amor en los tiempos del cólera*, de su idolatrado Gabriel García Márquez: «*el olor de las almendras amargas le recordaba siempre el destino de los amores contrariados*»... Luego alternaría a García Márquez con Goethe (*Las afinidades electivas*) y Éric Vuillard (*14 Juillet*).

Allí están los días de aprendizaje y consuelo en el centro piloto sobre parálisis cerebrales Arcàngel Sant Gabriel, en Montjuïc.

En todos los centros formativos de la Sociedad de las Almas por los que ha pasado Cristina, le han dado la matraca en el mismo sentido: «Lo que te ocurre no es excusa para que no te esfuerces». Y Cristina aprendió con rapidez, consciente de las poderosas partículas que se mueven con los astros, los cohetes y los sentimientos: «Es lo que hay».

Siempre se ha apoyado en lo positivo, y le ha dado una patada en el culo a los mohines de disgusto, las malas caras y los tontos que no saben ver la belleza que esconde su tirón de orejas: «En la vida diaria he sufrido algunas discriminaciones, pero me da igual. Cuando enviaba currículos a las empresas no ponía nada de mi discapacidad. Pero cuando luego les llamaba, con esta voz que tengo, se daban cuenta de algo raro y me colgaban».

Cristina prefiere el término «movilidad reducida» al de «discapacidad».

Algunos la han tratado como una niña pequeña cuando es una mujer bankai de armas tomar: «Te tratan como subnormal, como si fueras inútil...».

Se ha entusiasmado con la película *Campeones* (Javier Fesser, 2018), y a la salida del cine escuchó la voz de un niño que se dirigía a su padre: «Papá, ¿por qué la gente no les quiere?».

Rukia Kuchiki, la heroína del manga con ojos vivaces, lleva una vida complicada, como ella misma dice.

Hace un año, se le murió su pareja, Víctor, afectado de una hemiplejía.

«Me gustaría invertir en los países pobres para evitar que haya refugiados.»

Sus propósitos siempre serán nobles.

«Ser una carga no es cuando no tienes el poder para luchar, sino cuando no tienes la determinación para hacerlo.»

Jesús Martínez